« gobierno, convirtiendo en monarquía la república venerable de « los Tlascaltecas, y reduciéndonos al dominio aborrecible de los « emperadores: yugo tan pesado y tan violento, que aun visto en « la cerviz de nuestros enemigos, lastima la consideracion. » No le faltaba elocuencia para vestir de razones aparentes su dictámen, ni osadía para facilitar la ejecucion; y aunque le contradecian y procuraban disuadir algunos de sus confidentes, como estaba en reputacion de gran soldado, se pudo temer que tomase cuerpo su parcialidad en una tierra donde bastaba el ser valiente para tener razon. Pero estaba tan arraigado en los ánimos el amor de los Españoles, que se hicieron poco lugar sus diligencias, y llegaron luego á la noticia de los magistrados. Tratóse la materia en el senado con toda la reserva que pedia un negocio de semejante consideracion, y fué llamado á esta conferencia Jicotencal el viejo; sin que bastase la razon de ser hijo suyo el delincuente, para que se desconfiase de su entereza y justificacion.

Procuran disuadirle sus amigos.

Llegan sus intentos á noticia del senado.

Acriminaron todos este atentado como indigna cavilacion de hombre sedicioso, que intentaba perturbar la quietud pública, desacreditar las resoluciones del senado, y destruir el crédito de su nacion. Inclináronse algunos votos á que se debia castigar semejante delito con pena de muerte, y fué su padre uno de los que mas esforzaron este dictámen, condenando en su hijo la traicion, como juez sin afectos, ó mejor padre de la patria.

Vota Jicotencal el viejo contra su hijo.

Pudo tanto en los ánimos de aquellos senadores la constancia pundonorosa del anciano, que se mitigó, por su contemplacion, el rigor de la sentencia, reduciéndose los votos á ménos sangrienta demostracion. Hiciéronle traer preso al senado; y despues de reprender su atrevimiento con destemplada severidad, le quitaron el baston de general, deponiéndole del ejercicio y prerogativas del cargo, con la ceremonia de arrojarle violentamente por las gradas del tribunal: cuya ignominia le obligó dentro de pocos dias á valerse de Cortés con demostraciones de verdadera reconciliacion: y á instancia suya fué restituido en sus honores, y en la gracia de su padre, aunque despues de algunos dias volvió á reverdecer la raiz infecta de su mala intencion, y reincidió en nueva inquietud, que le costó la vida, como veremos en su lugar. Pudieron ambos lances producir inconvenientes de grande amenaza y dificultoso remedio; pero el de Jicotencal llegó á noticia de Cortés cuando estaba prevenido el daño, y castigado el delito; y el de los embajadores mejicanos dejó satisfechos á los ménos confiados, quedando en uno y otro nuevamente acreditada la rara fidelidad de los Tlascaltecas, que vista en una gente de tan limitada policía, y en aquel desabrigo de los

Viene preso al senado.

Quitanle las insignias de general.

Cortés intercede por él.

Notable fidelidad de los Tlascaltecas.

medios humanos, llegó á parecer milagrosa; ó por lo ménos se miraba entónces como uno de los efectos en que no se halla la razon natural, si se busca entre las causas inferiores.

CAPITULO III.

Ejecútase la entrada en la provincia de Tepeaca: y vencidos los rebeldes, que aguardaron en campaña con la asistencia de los Mejicanos, se ocupa la ciudad, donde se levanta una fortaleza con el nombre de Segura de la Frontera.

Entre tanto que andaba Jicotencal el mozo convocando las milicias de su república, cebado ya en la guerra de Tepeaca, y deseoso entónces de borrar con los escesos de su diligencia las especies de su infidelidad, procuraba Cortés encaminar los ánimos de los suyos al conocimiento de que no se podia escusar el castigo de aquella nacion, poniéndoles delante su rebeldía, la muerte de los Españoles, y cuantos motivos podian hacer á la compasion, y llamar á la venganza. Pero no todos se ajustaban á que fuese conveniente aquella faccion, en cuyo dictámen sobresalieron los de Narváez, que á vista de los trabajos padecidos, se acordaban con mayor afecto del ocio y de la comodidad, clamando por asistir á las grangerías que dejaron en la isla de Cuba. Tenian por impertinente la guerra de Tepeaca, insistiendo en que se debia retirar el ejército á la Vera Cruz para solicitar asistencias de Santo Domingo y Jamaica, y volver ménos aventurados á la empresa de Méjico; no porque tuviesen ánimo de perseverar en ella, sino por acercarse con algun color á la lengua del agua, para clamar ó resistir con mayor fuerza. Y llegó á tanto su osadía, que hicieron notificar á Hernan Cortés una protesta en forma legal, adornada con algunos motivos de mayor atrevimiento que sustancia, en que andaba el bien público y el servicio del rey, procurando apretar los argumentos del temor y de la flojedad.

Dispone la jornada de Tepeaca.

Malcontentos los de Narváez.

Protesta que hicieron á Cortés.

Sintió vivamente Cortés que se hubiesen desmesurado á semejante diligencia, en tiempo que tenian los enemigos, que asistian en Tepeaca, ocupado el camino de la Vera Cruz, y no era posible penetrarle sin hacer la guerra que rehusaban. Hízolos llamar á su presencia, y necesitó de toda su reportacion para no destemplarse con ellos: porque la tolerancia ó el disimulo de una injuria propia es dificultad que suele caber en ánimos como el suyo, pero sufrir en un despropósito la injuria de la razon es en los hombres de juicio la mayor hazaña de la paciencia.

Llámalos á su presencia.

Agradeció como pudo los buenos deseos con que solicitaban la conservacion del ejército; y sin detenerse á ponderar las razones

que ocurrian para no faltar al empeño que estaba hecho con los Tlascaltecas, aventurando su amistad, y dejando consentida la traicion de los Tepeaqueses, se valió de motivos proporcionados al discurso de unos hombres á quien hacia poca fuerza lo mejor: para cuyo efecto les dijo solamente: « Que teniendo el enemigo los pasos estrechos de la « montaña, precisamente se habia de pelear para salir á lo llano: « que ir solos á esta faccion seria perder voluntariamente, ó por « lo ménos aventurar sin disculpa el ejército: que ni era practi- « cable pedir socorro á los Tlascaltecas, ni ellos le darian para « una retirada que se hacia contra su voluntad: y que una vez su- « jeta la provincia rebelde y asegurado el camino (en lo cual asis- « tiria con todas sus fuerzas la república), les ofrecia sobre la fe « de su palabra que podrian retirarse con licencia suya cuantos « no se determinasen á seguir sus banderas. » Con que los dejó reducidos á servir en aquella guerra, quedando en conocimiento de que no eran á propósito para entrar en mayores empeños; y trató de poner luego en ejecucion su jornada, con que se quietaron por entónces.

Motivos de que se valió para reducirlos.

Eligió hasta ocho mil Tlascaltecas de buena calidad, divididos en tropas, segun su costumbre, con algunos capitanes de los que ya tenia esperimentados en el viaje de Méjico. Dejó á cargo de su nuevo amigo Jicotencal que siguiese con el resto de sus milicias: y puesta en órden su gente, se halló con cuatrocientos y veinte soldados españoles, inclusos los capitanes, y diez y siete caballos, armada la mayor parte de picas, espadas y rodelas, algunas ballestas, y pocos arcabuces, porque no sobraba la pólvora, cuya falta obligó á que se dejasen los demas en casa de Magiscatzin.

Marcha el ejército.

Marchó el ejército con grandes aclamaciones del concurso popular, y grande alegría de los mismos soldados tlascaltecas, pronósticos de la victoria, en que tenian su parte los espíritus de la venganza. Hízose alto aquel dia en el primer lugar de la tierra enemiga, situado tres leguas de Tlascala, y cinco de Tepeaca, ciudad capital que dió su nombre á la provincia. Retiróse la poblacion á la primera vista del ejército, y solo dieron alcance los batidores á seis ó siete paisanos, que aquella noche hallaron agasajo y seguridad entre los Españoles, no sin alguna repugnancia de los Tlascaltecas, en cuya irritacion tuvieran diferente acogida. Llamólos á la mañana Hernan Cortés, y alentándolos con algunas dádivas, los puso á todos en libertad, encargándoles que por el bien de su nacion dijesen de su parte á los caciques y ministros principales de la ciudad: « Que venia con « aquel ejército á castigar la muerte de tantos Espa- « ñoles como habian perdido alevosamente la vida en « su distrito, y la traicion calificada con que se habian negado á « la obediencia de su rey; pero que determinándose á tomar las

Ofrécese la paz á los caciques.

« armas contra los Mejicanos (para cuyo efecto los asistiria con « sus fuerzas y las de Tlascala) quedaria borrada con un perdon « general la memoria de ambas culpas, y serian restituidos á su « amistad, escusando los daños de una guerra, cuya razon los « amenazaba como delincuentes, y los trataria como enemigos. »

Partieron con este mensage, y al parecer, bastantemente asegurados: porque doña Marina y Aguilar añadieron á lo que dictaba Cortés algunos amigables consejos y seguridades en órden á que podian volver sin recelo, aunque fuese mal admitida la proposicion de la paz. Y así lo ejecutaron el dia siguiente: acompañándolos en esta funcion dos Mejicanos, que, al parecer, venian como celadores de la embajada, para que no se alterasen los términos de la repulsa, cuya sustancia fué insolente y descomedida: « Que no que- « rian la paz, ni tardarian mucho en buscar á sus ene- « migos en campaña para volver con ellos maniatados « á las aras de sus dioses. » A que añadieron otros desprecios y amenazas de hombres que hacian la cuenta con el número de su ejército. No se dió por satisfecho Hernan Cortés con esta primera diligencia, y los volvió á despachar con nuevo requerimiento, que ordenó para su mayor justificacion, en que les protestaba: « Que no admi- « tiendo la paz con las condiciones propuestas, serian destruidos « á fuego y á sangre como traidores á su rey, y quedarian esclavos « de los vencedores, perdiendo enteramente la libertad cuantos « no perdiesen la vida. » Hízose la notificacion á los enviados con asistencia de los intérpretes: y dispuso que llevasen por escrito una copia del mismo requerimiento; no porque le hubiesen de leer, sino porque al oir de sus mensageros aquella intimacion de tanta severidad, temiesen algo mas de las palabras sin voz que llevaba el papel: que como estrañaban tanto en los Españoles el oficio de la pluma, teniendo por sobrenatural que pudiesen hablarse y entenderse desde léjos, quiso darles en los ojos con lo que les hacia ruido en el cuidado: que fué como llamarlos al miedo por el camino de la admiracion.

Niéganse á la paz los Tepeaqueses.

Segundo requerimiento de Cortés.

Dase por escrito, y con qué fin.

Pero sirvió de poco este primor; porque fué aun mas briosa y mas descortés la segunda respuesta, con la cual llegó el aviso de que venia marchando en diligencia mas que ordinaria el ejército enemigo: y Hernan Cortés, resuelto á buscarle, ordenó luego su gente, y la puso en marcha, sin detenerse á instruirla ni animarla: porque los Españoles estaban diestros en aquel género de batallas; y los Tlascaltecas iban tan deseosos de pelear, que trabajó mas la razon en detenerlos.

Salen á campaña los Tepeaqueses y Mejicanos.

Aguardaban los enemigos mal emboscados entre unos maizales, aunque los produce tan densos y crecidos la fertilidad de aquella tierra, que pudieran lograr el lazo, si

Aguardan emboscados.

fuera mayor su advertencia; pero se reconoció desde léjos el bullicio de su natural inquietud; y la noticia de los batidores llegó á tiempo, que dadas las órdenes, y prevenidas las armas, se consiguió el acercarse á la zelada con un género de sosiego, que procuraba imitar el descuido.

Rómpelos Cortés.

Dióse principio al combate, prolongando los escuadrones lo que fué necesario para guardar las espaldas: y los Mejicanos, que traian la vanguardia, se hallaron acometidos por todas partes, cuando se andaban disponiendo para ocupar la retirada. Facilitó su turbacion el primer avance, y fueron pasados á cuchillo cuantos no se retiraron anticipadamente. Fuése ganando tierra sin perder la formacion del ejército; y porque las flechas y demas armas arrojadizas perdian la fuerza y la puntería en las cañas del maiz, lo hicieron todo las espadas y las picas. Rehiciéronse despues los enemigos, y esperaron segundo choque, alargando la disputa con el último esfuerzo de la desesperacion; pero se detuvo poco en declararse la victoria, porque los Mejicanos cedieron no solamente la campaña, sino todo el pais, buscando su refugio en otros aliados: y á su ejemplo se retiraron los Tepeaqueses con el mismo desórden, tan atemorizados, que vinieron aquella misma tarde sus comisarios á rendir la ciudad, pidiendo cuartel, y dejándose á la discrecion ó á la clemencia de los vencedores.

Rehácense los enemigos.

Huye deshecho el ejército enemigo.

Perdió el enemigo en esta faccion la mayor parte de sus tropas: hiciéronse muchos prisioneros, y el despojo fué considerable. Los Tlascaltecas pelearon valerosamente, y lo que mas se pudo estrañar, tan atentos á las órdenes, que á fuerza de su mejor disciplina, murieron solamente dos ó tres de su nacion. Murió tambien un caballo: y de los Españoles hubo algunos heridos, aunque tan ligeramente, que no fué necesario que se retirasen. El dia siguiente se hizo la entrada en la ciudad; y así los magistrados como los militares que salieron al recibimiento, y el concurso popular que los seguia, vinieron desarmados á manera de reos, llevando en el silencio y los semblantes confesada ó reconocida la confusion de su delito.

Entra Cortés en la ciudad.

Piden perdon los Tepeaqueses.

Humilláronse todos al acercarse, hasta poner la frente sobre la tierra: y fué necesario que los alentase Cortés para que se atreviesen á levantar los ojos. Mandó luego que los intérpretes aclamasen, levantando la voz, al rey don Cárlos, y publicasen el perdon general en su nombre: cuya noticia rompió las ataduras del miedo, y empezaron las voces y los saltos á celebrar el contento. Señalóse á los Tlascaltecas su cuartel fuera de poblado, porque se temió que pudiese mas en ellos la costumbre de maltratar á sus enemigos, que la sujecion á las órdenes en que se iban habituando: y Hernan Cortés se alojó en la ciudad con sus Españoles, con la union y cautela que pedia la ocasion,

Aclamaciones del rey don Cárlos.

durando en este género de recelo hasta que se conoció la sencillez de aquellos ánimos, que, á la verdad, fueron solicitados y asistidos por los Mejicanos, así para la primera traicion, como para los demas atrevimientos.

Pide Tepeaca socorro contra los Mejicanos.

Hallábanse ya escarmentados y pesarosos de haber dado segunda vez la cerviz al yugo intolerable de aquella nacion: y tan desengañados en el conocimiento de que, aun viniendo como amigos, no sabian abstenerse de mandar en las haciendas, en las honras y en las vidas, que hicieron ellos mismos diferentes instancias á Hernan Cortés para que no desamparase la ciudad: de que se tomó pretesto para levantar allí una fortaleza, que se les dió á entender era para defenderlos, siendo para sujetarlos: y sobre todo para dar seguridad al paso de la Vera Cruz, á cuyo fin convenia mantener aquel puesto, que siendo fuerte por naturaleza, podia recibir con facilidad los reparos del arte. Cerráronse las avenidas con algunas trincheras de fagina y tierra que diesen recinto á la ciudad, atando las quiebras de la montaña: y en lo mas eminente se levantó una fortificacion de materia mas sólida en forma de castillo, que se tuvo por bastante retirada para cualquier accidente de los que se podian ofrecer en aquel género de guerra. Dióse tanto calor á la fábrica, y asistieron á ella los naturales y circunvecinos con tanta solicitud y en tanto número, que se puso en defensa dentro de breves dias: y Hernan Cortés señaló algunos Españoles que se quedasen á defender aquella plaza, que hizo llamar Segura de la Frontera, y fué la segunda poblacion española del imperio Mejicano.

Fúndase Segura de la Frontera con guarnicion española.

Vendense los prisioneros como esclavos.

Desembarazóse primero para dar cobro á estas disposiciones de los prisioneros mejicanos y tepeaqueses de la victoria pasada: y ordenó que fuesen llevados á Tlascala con particular cuidado, porque ya se apreciaban como alhajas de valor, habiéndose introducido entónces en aquella tierra el herrarlos, y venderlos como esclavos. Abuso y falta de humanidad que tuvo su principio en las islas, donde se practicaba ya este género de terror contra los Indios rebeldes, aunque no se refiere como disculpa el ejemplar: que siempre yerra segunda vez quien sigue lo culpable; y por mas que fuese ageno el primer desacierto, quedaria con circunstancias de reincidencia la imitacion.

Ejemplares no son disculpa de los desaciertos.

Remedia este desorden el emperador.

No se detuvo muchos dias el remedio y la reprension de semejante desórden, aunque llegó á noticia del emperador fundado en algunos de los motivos que hacen lícita la esclavitud entre los cristianos, y fué punto que se ventiló en largas disputas y papeles. Pero aquel ánimo real, verdaderamente religioso y compasivo, se dejó pendientes las controversias de los teólogos, y ordenó, de propio dictámen, que fue-

sen restituidos en su libertad cuando lo permitiese la razon de la guerra; y en el ínterin, tratados como prisioneros, y no como esclavos. Heróica resolucion en que obró tanto la prudencia como la piedad: porque ni en lo político fuera conveniente introducir la servidumbre para mejorar el vasallage; ni en lo católico desautorizar con la cadena y el azote la fuerza de la razon.

CAPITULO IV.

Envia Hernan Cortés diferentes capitanes á reducir ó castigar los pueblos inobedientes, y va personalmente á la ciudad de Guacachula contra un ejército mejicano, que vino á defender su frontera.

Llega Jicotencal con nuevo socorro.

Poco despues que se alojó el ejército en Tepeaca, llegó con el resto de sus tropas Jicotencal, y creció, segun dicen algunos, á cincuenta mil hombres el ejército ausiliar de los Tlascaltecas. Convenia, para sosegar á los Tepeaqueses, que andaban recelosos de su vecindad, ponerlos en alguna operacion; y sabiendo Hernan Cortés que al fomento de los Mejicanos se mantenian fuera de la obediencia tres ó cuatro lugares de aquel distrito, envió diferentes capitanes, dando á cada uno veinte ó treinta Españoles, y número considerable de Tlascaltecas, para que los procurasen reducir á la paz con términos suaves, ó pasasen á castigar con las armas su obstinacion. En todos se halló resistencia, y en todos hizo la fuerza lo que no pudo la mansedumbre; pero se consiguió el intento sin perder un hombre: y los capitanes volvieron victoriosos, dejando sujetas aquellas poblaciones rebeldes, y no sin escarmiento á los Mejicanos, que huyeron rotos y deshechos de la otra parte de los montes. El despojo que se adquirió en el alcance de los enemigos, y en los mismos lugares sediciosos, fué rico y abundante de todos géneros. Los prisioneros escedian el número de los vencedores. Dicen que llegarian á dos mil los que se hicieron solo en Tecamachalco, donde se apretó la mano en el castigo, porque sucedió en este lugar la muerte de los Españoles: y ya no se llamaban prisioneros, sino cautivos, hasta que puestos en venta perdian el nombre, y pasaban á la servidumbre personal, dando el rostro á la nota miserable de la esclavitud.

Sujétanse los lugares rebeldes.

Dos mil prisioneros en Tecamachalco.

Muere el emperador mejicano.

Habia muerto en esta sazon, segun la noticia que se tuvo poco despues, el emperador que sucedió á Motezuma en la corona, que, como dijimos, se llamaba Quetlavaca, señor de Iztacpalapa: y juntándose los electores, dieron su voto y la investidura del imperio á Guatimozin, sobrino y yerno de Motezuma. Era mozo de hasta veinticinco

Guatimozin sube al imperio.

años, y de tanto espíritu y vigilancia, que á diferencia de su antecesor, se dió todo á los cuidados públicos, deseando que se conociese luego lo que valen, puestas en mejor mano, las riendas del gobierno. Supo lo que iban obrando los Españoles en la provincia de Tepeaca: y previniendo los designios á que podrian aspirar con la reunion de los Tlascaltecas, y demas provincias confinantes, entró en aquel temor razonable, de que suele formar sus avisos la prudencia.

Principios de su gobierno.

Hizo notables prevenciones, que dieron grande recomendacion á los principios de su reinado. Alentó la milicia con premios y esenciones. Ganó el aplauso de los pueblos con levantar enteramente los tributos por el tiempo que durase la guerra. Hízose mas señor de los nobles con dejarse comunicar, templando aquella especie de adoracion á que procuraban elevar el respeto sus antecesores. Repartió dádivas y ofertas entre los caciques de la frontera, exhortándolos á la fidelidad y á la propia defensa: y porque no se quejasen de que les dejaba todo el peso de la guerra, envió un ejército de treinta mil hombres que diese calor á las milicias naturales. Y á vista de estas prevenciones, tienen despejo los émulos de nuestra nacion para decir que se lidiaba con brutos incapaces, que solo se juntaban para ceder á la industria y al engaño mas que al valor y á la constancia de sus enemigos.

Envia ejército á la frontera.

Tuvo noticia Hernan Cortés de que se prevenia ejército en la frontera, y no le dejaron que dudar tres ó cuatro mensageros nobles que le despachó el cacique de Guacachula, ciudad populosa y guerrera, situada en el paso de Méjico, y una de las que miraba el nuevo emperador como antemural de sus estados. Venian á pedir socorro contra los Mejicanos: quejábanse de sus violencias y desprecios: ofrecian tomar las armas contra ellos luego que se dejase ver de sus murallas el ejército de los Españoles. Facilitaban la empresa, y la querian justificar, diciendo que su cacique debia ser asistido como vasallo de nuestro rey, por ser uno de los que dieron la obediencia en la junta de nobles qué se hizo á convocacion de Motezuma. Preguntóles Hernan Cortés qué grueso tendria el enemigo en aquel parage: y respondieron que hasta veinte mil hombres en el distrito de su ciudad, y en otra que se llamaba Yzucan, distante cuatro leguas, otros diez mil; pero que de Guacachula y algunos lugares de su contribucion se juntaria número muy considerable de gente irritada y valerosa, que sabria gozar de la ocasion, y servirse de las manos. Examinólos cuidadosamente, haciéndoles diferentes instancias, á fin de penetrar el ánimo de su cacique, y dieron tan buena razon de sí, que le dejaron persuadido á que venia sin doblez la proposicion. Y cuando le quedase algun recelo, procuraria disimularle; porque aun en

Guacachula pide socorro á Cortés.

Veinte mil Mejicanos en su distrito.

caso de salir incierto el tratado, era ya necesario echar de allí al enemigo, y sujetar aquellas ciudades fronterizas, ántes que se pusiese mayor cuidado en defenderlas.

Va Cristoval de Olid á este socorro.

Tomó tan de veras el empeño, que formó aquel mismo dia un ejército de hasta trecientos Españoles, con doce ó trece caballos, y mas de treinta mil Tlascaltecas, encargando la faccion al maestre de campo Cristoval de Olid: y andaba tan cerca entónces el disponer del ejecutar, que marchó la mañana siguiente llevando consigo á los mensageros, y órden para que se procurase adelantar con recato hasta ponerse cerca de la ciudad: y caso que hubiese algun recelo de trato doble, se abstuviese de atacar la poblacion, y procurase romper ántes á los Mejicanos, llamándolos á la batalla en algun puesto ventajoso.

Corre voz de que viene Guatimozin al socorro.

Iban todos alegres y de buen ánimo; pero á seis leguas de Tepeaca, y casi á la misma distancia de Guacachula, donde hizo alto el ejército, corrió voz de que venia en persona el emperador mejicano á socorrer aquellas ciudades con todo el resto de sus fuerzas. Decianlo así los paisanos, sin dar fundamento en el orígen de esta noticia; pero los Españoles de Narváez la creyeron y la multiplicaron sin oir razon, ni atender á las órdenes. Contradecian á rostro descubierto la jornada, protestando que se quedarian, con tanta irreverencia, que llegó á enojarse con ellos Cristoval de Olid, y á despedirlos con desabrimiento: amenazándolos con el enojo de Cortés, porque no les hacia fuerza el deshonor de la retirada. Y al mismo tiempo que trataba de proseguir sin ellos su marcha, se ofreció nuevo accidente, que si no llegó á turbar su constancia, puso en compromiso la resolucion y el acierto de la misma jornada.

Vuélvense á inquietar los de Narváez.

Descúbrese un ejército en la montaña.

Viéronse descender tropas de gente armada por lo alto de las montañas vecinas, que se iban acercando en mas que ordinaria diligencia: y le obligaron á poner en órden sugente, creyendo que le buscaban ya los Mejicanos: en que obró lo que debia: que nunca dañan á la salud de los ejércitos los escesos del cuidado. Pero algunos caballos que adelantó á tomar lengua volvieron con aviso de que venia por capitan de aquellas tropas el cacique de Guajocingo, á quien acompañaban otros caciques sus confederados con ánimo de asistir á los Españoles en aquella guerra contra los Mejicanos, que tenian ocupada la frontera, y amenazados sus dominios. Mandó con esta noticia que hiciesen alto las tropas, y viniesen los caciques á verse con él, como lo ejecutaron luego. Pero de lo mismo que, al parecer, debian alegrarse todos, se levantó segunda voz en el ejército, que tomó su principio en los Tlascaltecas, y comprendió brevemente á los Españoles. Decian unos y otros que no era seguro fiarse de aquella

Era el cacique de Guajocingo y otros que venian á unirse con los Españoles.

gente: que su amistad era fingida; y que la enviaban los Mejicanos para que se declarase por enemiga cuando llegase la ocasion de la batalla. Oyólos Cristoval de Olid: y dejándose llevar con poco exámen á la misma sospecha, prendió luego á los caciques, y los envió á Tepeaca, para que determinase Cortés lo que se debia ejecutar. Accion atropellada, en que aventuró que sucediese alguna turbacion entre los suyos, y los que verdaderamente venian como amigos; pero estos perseveraron á vista de aquella desconfianza, sin moverse del parage donde se hallaban, dándose por satisfechos de que se remitiese á Cortés el conocimiento de su verdad: y los demas no se atrevieron á inquietarlos, porque dieron cuenta, y quedaron obligados á esperar la órden.

Desconfianzas de este socorro.

Prende Olid á los caciques, y los remite á Cortès.

Llegaron los presos brevemente á la presencia de Cortés, y se quejaron de Cristoval de Olid en términos razonables: dando á entender que no sentian la mortificacion de sus personas, sino el desaire de su fidelidad. Oyólos benignamente, y haciéndoles quitar las prisiones, procuró satisfacerlos y confiarlos: porque halló en ellos todas las señas que suele traer consigo la verdad para diferenciarse del engaño. Pero entró en dictámen de que ya necesitaba de su asistencia la faccion: porque la desconfianza de aquellas naciones amigas, y las voces que habian corrido en el ejército, eran amenazas del intento principal. Dispuso luego su jornada: y encargando á los ministros de justicia el gobierno y dependencias de la nueva poblacion, partió con los caciques y una pequeña escolta de los suyos, tan diligente y deseoso de facilitar la empresa, que llegó en breves horas al ejército. Alentáronse todos con su presencia: pusiéronse las cosas de otro color: serenóse la tempestad que iba oscureciendo los ánimos: reprendió á Cristoval de Olid, no el haberle dado noticia de aquella novedad, hallándose tan cerca, sino el haber manifestado sus recelos con la prision de los caciques. Y unidas las fuerzas marchó sin mas detencion la vuelta de Guacachula, ordenando que se adelantasen los mensageros de aquella ciudad, y diesen aviso á su cacique del parage donde se hallaba, y de las fuerzas con que venia; no porque necesitase ya de sus ofertas, sino por escusar el empeño de tratar como enemigos á los que deseaba reducir y conservar.

Los puso luego en libertad.

Parte Cortès á su ejército.

Marcha con él á Guacachula.

Tenian su alojamiento los Mejicanos de la otra parte de la ciudad; pero al primer aviso de sus centinelas se movieron con tanta celeridad, que al tiempo que llegaron los Españoles á tiro de arcabuz, habian formado su ejército, y ocupado el camino con ánimo de medir las fuerzas al abrigo de la plaza. Trabóse con rigurosa determinacion la batalla, y los enemigos empezaron á resistir y ofender con señas de alargar la disputa: cuando el cacique logró la ocasion, y

Déjase ver el ejército mejicano.

Dase la batalla.

Cierran por las espaldas los de Guacachula.

desempeñó su fidelidad, cerrando con ellos por las espaldas, y ofendiéndolos al mismo tiempo desde la muralla con tan buena órden y tanta resolucion, que facilitó mucho la victoria, y en poco mas de media hora fueron totalmente deshechos los Mejicanos: siendo pocos los que pudieron escapar de muertos ó heridos.

Quedan deshechos los Mejicanos.

Alojóse dentro de la ciudad Hernan Cortés con los Españoles, señalando su cuartel fuera de los muros á los Tlascaltecas y demas aliados, cuyo número fué creciendo por instantes: porque á la fama de que se movia su persona, salieron otros caciques de la tierra obediente con sus milicias á servir debajo de su mano: y creció tanto su ejército, que, segun su misma relacion, llegó á Guacachula con mas de ciento y veinte mil hombres. Dió las gracias al cacique y á los soldados naturales, atribuyéndoles enteramente la gloria del suceso: y ellos se ofrecieron para la empresa de Yzucan, no sin presuncion de necesarios, por la noticia con que se hallaban de la tierra, y por lo que ya se podia fiar de su valor. Tenia el enemigo en aquella ciudad, como lo avisó el cacique, mas de diez mil hombres de guarnicion, sin los que se le arrimarian de la rota pasada. Los paisanos de su poblacion y distrito se hallaban empeñados á todo riesgo en la enemistad de los Españoles. La plaza era fuerte por naturaleza, y por algunas murallas con sus rebellines que cerraban el paso entre las montañas: bañábala un rio, que necesariamente se habia de penetrar; y llegó noticia de que habian roto el puente para disputar la ribera: circunstancias bastantes para que no se despreciase la faccion, ni se dejase de mover todo el ejército.

Vienen otros caciques con sus tropas.

Jornada de Yzucan.

Fortaleza de aquella villa.

Iba Cristoval de Olid en la vanguardia con la gente señalada para el esguazo, en cuya oposicion halló la mayor parte del ejército enemigo; pero se arrojó al agua peleando, y ganó la otra ribera con tanta determinacion, y tan arrestado en los avances, que le mataron el caballo, y le hirieron en un muslo. Huyeron los enemigos á la ciudad, donde pensaron mantenerse, porque habian echado fuera la gente inútil, niños y mugeres, quedándose con mas de tres mil paisanos hábiles, y bastimentos de reserva para muchos dias. El aparato de las murallas y el número de los defensores daban con la dificultad en los ojos, y premisas de que seria costoso el asalto; pero apénas acabó de pasar el ejército, y se dieron las órdenes de acometer, cuando cesaron los gritos, y desapareció por todas partes la guarnicion. Púdose temer algun estratagema de los que alcanzaba su milicia, si al mismo tiempo no se descubriera la fuga de los Mejicanos, que puestos en desórden, iban escapando á la montaña. Envió Cortés en su alcance algunas

Espera el enemigo de la otra parte de un rio.

Gana Olid la ribera.

Retiranse los enemigos á la villa.

Pasa el ejército, y huyen los Mejicanos.

compañías de Españoles con la mayor parte de los Tlascaltecas; y aunque militaba por los enemigos lo agrio de la cuesta, se consiguió el romperlos tan ejecutivamente, que apénas se les dió lugar para que volviesen el rostro.

Quedaron rotos en el alcance.

La ciudad estaba tan desamparada, que solo se pudieron hallar entre los prisioneros tres ó cuatro de los naturales; por cuyo medio trató Hernan Cortés de recoger á los demas, enviándolos á los bosques donde tenian retiradas sus familias, para que de su parte, y en nombre del rey, ofreciesen perdon y buen pasage á cuantos se volviesen luego á sus casas: cuya diligencia bastó para que se poblase aquel mismo dia la ciudad, volviéndose casi todos á gozar del indulto. Detúvose Cortés en ella dos ó tres dias para que perdiesen el miedo, y abrazasen la obediencia con el ejemplo de Guacachula. Despidió al mismo tiempo las tropas de los caciques amigos, partiendo con ellos el despojo de ambas facciones: y se volvió á Tepeaca con sus Españoles y Tlascaltecas, dejando libre de Mejicanos la frontera, obedientes aquellas ciudades que tanto suponian, asegurado con la esperiencia el afecto de las naciones amigas, y frustradas las primeras disposiciones del nuevo emperador mejicano, que suelen observarse como pronósticos de su reinado, y descaecer ó animar á los súbditos, segun las malogran ó las califican los sucesos.

Hállase desamparada la ciudad.

Vuelven á sus casas los naturales.

Marcha Cortés á Tepeaca.

No quiere Bernal Diaz del Castillo que se hallase Cortés en esta espedicion. Puédese dudar si fué por autorizar la disculpa de haberse quedado en Segura de la Frontera, como lo confiesa pocos renglones ántes; ó si le llevó inadvertidamente la pasion de contradecir en esto como en todo á Francisco Lopez de Gómara: porque los demas escritores afirman lo que dejamos referido: y el mismo Hernan Cortés, en la carta para el emperador escrita en treinta de octubre de mil y quinientos y veinte, da los motivos que le obligaron á seguir entónces el ejército. Sentimos que se ofrezcan estas ocasiones de impugnar al autor que vamos siguiendo; pero en este caso fuera culpa de Cortés, indigna en su cuidado, no haber asistido personalmente donde le llamaban desde tan cerca desconfianzas de los suyos, quejas de los confederados, voces de poco respeto entre los de Narváez, Cristoval de Olid, que gobernaba el ejército, parcial de los recelosos, y una empresa de tanta consideracion aventurada. Perdone Bernal Diaz, que cuando lo dijese como lo entendió, pudo ántes caber un descuido en su memoria, que una falta en la verdad, y un desacierto en la vigilancia de Cortés.

Niega Bernal Diaz á Cortés esta faccion.

Afirmase lo contrario.

Motivos que le llevaron á esta ocasion.